

EL AMOR, EL GRAN INTEGRADOR*

ROHMER, Stascha: *Amor, el porvenir de una emoción*, traducción de Gabriel Menéndez Torrellas, revisión de Ana María Rabe Ruiz. Barcelona: Herder, 2012, 215 p.

ISABEL FERREIRO LAVEDÁN

ORCID: 0000-0003-2841-6078

Este libro me daría para hablar mucho, pues es un libro riquísimo, lleno de bonitos e interesantes temas relacionados con el bonito e interesante tema que ya es de por sí el amor, pero me voy a ajustar a hacer un extracto de lo que escribí después de leerlo, destacando alguno de los aspectos más de mi gusto, con el deseo de que también sean del interés del lector y le animen a leerlo.

Parte Rohmer, siguiendo a Hegel, de la integración de lo particular y lo general; y, junto con Aristóteles, de que la esencia es lo general en lo que se fundamenta lo particular. Así, desde este espíritu orteguiano, de evitar la abstracción que se pierde en la rama sin ver el bosque; para hablar del amor en particular, como es el amor de pareja, se hace preciso averiguar qué sea el amor en general.

Cita el autor a Whitehead y a Kierkegaard, para señalar junto a ellos que la vida humana es el constante oscilar del péndulo entre su finitud e infinitud; y que el amor es la voluntad

originaria de la vida de regresar a sí misma para amarse en su infinitud. De lo que resulta ser el amor, dice Rohmer, la unión más completa, la solidaridad inherente del universo, de todo lo existente, y a partir de lo cual existe todo.

Unirse a la vida, es decirle sí sin reservas a cuanto trae, como dice Ortega; es permitirle tal y como viene, como el buen jugador toma la pelota donde le llega. Esto no es sino salvar la circunstancia: la aceptación total que hace lo infinito de lo finito. Y así lo infinito, dice Rohmer, es en primer lugar una confianza en sí mismo; es, por tanto, el amor.

La vida unida, que se entrega, que se ama, se sabe, por tanto, en su esencia, a salvo, eterna e invulnerable. Y es desde esta confianza esencial desde donde toda vida puede llamarse vida, sea el que sea el papel que represente cada una en el gran teatro del mundo.

Así, dice Rohmer que el sujeto, al hacerse responsable, elige amarse, regresar a sí, dejándose a sí mismo atrás, soltándose: desprendiéndose de sí hasta llegar a sí. ¿Desprendiéndose de qué sí? (podemos preguntar), desprendiéndose de lo que está condenado a envejecer y perecer, contesta Rohmer; esto es: del papel finito que representa. La vida unida, pues, supone la constante voluntad de entregarme a lo finito para unirme a lo infinito, pues al aceptar lo finito, lo trasciendo, me salvo, me libero: me uno a lo infinito. Por ello, dice Rohmer, el amor supera la pesantez que sobrecarga todo lo terrenal.

* Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

Cómo citar este artículo:

Ferreiro Lavedán, I. (2013). El amor, el gran integrador. Reseña de "Amor, el porvenir de una emoción" de Stascha Rohmer. *Revista de Estudios Orteguianos*, (26), 211-213. <https://doi.org/10.63487/reo.425>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 26. 2013
mayo-octubre

Si el amor supone la firme determinación de hacer uso de la libertad, una constante voluntad de unidad; no puede ser entonces algo que nos sucede cuando alguien nos cae del cielo y, por obra de casualidad se ajusta a nuestro deseo, como describe Barthes al flechazo. Ni que, por el mismo azar caótico, luego muere o se acaba. Tampoco una relación que haya que defender, lucir ni confirmar en ceremonias; tampoco algo condicionado a nada, ni siquiera a la mutua correspondencia; ni algo a lo que se le pueda ser infiel, o se pueda dañar. Todo esto son creaciones del hombre separado de sí que poco tienen que ver con la confianza del amor, sino más bien con el intento de sustituirlo, de controlarlo, de hacerlo a la medida de sus interpretaciones desde una cueva en la que, separado de la infinitud de la vida, no ve más que sombras temerosas.

Señala por ello Stascha Rohmer que Hegel hace alusión a la vieja idea de la muerte no sólo como la separación entre cuerpo y alma, sino entendiendo que “diferente significa tanto como muerto”.

Pero, de hecho, el hombre vive olvidado de su esencial unidad, y se experimenta separado y diferente. Y así está muerto, como dice Hegel, porque está atemorizado en el callejón sin salida del mundo. Y, de este olvido de la propia esencia de totalidad, nace el deseo, la obsesión cultural, de encontrar la pareja perfecta, la persona especial, que solucione el vacío e inseguridad que siente el ego separado. Cuando el único camino para salvarse sería el regreso a la unidad: volver al único amor que existe, que es el amor a todo. Pero, dada la propaganda mundial a favor del

romance, nos cuesta mucho comprender que el amor es neutro. El amor no diferencia, no enjuicia, ni pone condición: simplemente ama; no sabe hacer otra cosa, igual que el sol calienta por igual los paraísos que los patios de las cárceles.

Destaca Rohmer, que la pareja es una fuente importante de autoconocimiento y autorrealización; como lo es también la circunstancia toda que no es sino espejo que me muestra mis límites de aceptación, aquello a lo que me resisto, aquello que no permito; que no salvo o condeno, para lo que me falta comprensión. Y, por tanto, oportunidad de crecimiento, pues es lo que me impulsa a superarme, a trascender esto que, al rechazarlo, me impide la visión de unidad esencial.

Así, si en la relación especial estamos siempre tratando de ocultar nuestras debilidades para mantener nuestro personaje idealizado y así no defraudar las expectativas del otro; en la relación fraternal estamos desnudos de forma sincera y, pese a ello, sin avergonzarnos porque nos sentimos completamente aceptados como somos. Las relaciones no pueden consistir en someternos a examen los unos a los otros, ni en usarlos para cubrir las carencias de nuestra personalidad. Sino en apoyarnos para recordar el infinito amor que somos, que nada sabe de diferencias, y que por tanto trasciende y pasa por alto lo que no sea amor.

Por ello, todo juicio, ya sea para rechazar como para idealizar, nos separa y aleja del amor y, por tanto, de la vida: es suicida. Pero “¿por qué quiere el hombre de Occidente un amor cuyo

florecimiento no puede ser sino su suicidio?”, se pregunta Rougemont para contestar que precisamente por su suicidio. Ésta es la ganancia de toda evasión (dice Ortega): desatender la vida, descansar del peso que es vivir.

El hombre de la pasión lejos de mirar por ser libre y amar, “busca, al contrario, ser poseído, desposeído, lanzado fuera de sí al éxtasis”; y esto sucede por el vacío de ser que siente separado de la vida. Así, cuanto más bajo se tiene el tono vital, más probabilidades hay de ser presa del “rpto hipnótico” (como llama Barthes al enamoramiento); y, por lo mismo, dice Rougemont que “en un estado normal del cuerpo y del espíritu, el riesgo de flechazo es casi eliminado”.

El exclusivismo de la atención, el deseo de lo inalcanzable o distante, en que se traduce el enamoramiento, como señala Rohmer siguiendo a Ortega, no se convierte un día por arte de magia en el amor a lo alcanzado y cercano. La pasión puede derivar por variados caminos, pero los más comunes son la obsesión, la melancolía, la depresión; o bien la euforia, el entusiasmo, la exaltación. Y, tras la ilusión: la desilusión que, como ve Stendhal, “hace injusto al encaprichado con el objeto que supervaloró”; el tedio, la enajenación recíproca, el rencor, los celos, la violencia sorda, o la violencia manifiesta de los malos tratos.

El amor romántico es un producto cultural de evasión más, y quizá de los más populares. Pues sea insatisfecho con padecimientos o satisfecho con entusiasmos, como luego convertido en odios o aburrimientos, tiene el mismo

efecto: suspende la vida, uno se pone fuera de sí.

¿Qué es lo que cabe hacer, entonces? Pues, de nuevo, regresar. Porque más allá de mis descabellados deseos se encuentra inmutable mi voluntad de unidad. El camino de la separación no puede y no lleva al amor. Para amar a otro hay que unirse a sí mismo antes, esto es, hay que recordar lo que es amar sin forma, lo cual implica amar todas las formas. Así, dice Ortega, feliz quien pudiera exclamar como Empédocles: “Yo he sido ya una vez muchacho, moza, planta, pájaro, y en el mar he ejercido la vida muda de un pez”.

Por tanto, como advierte Rohmer, aprender a amar significa, aprender a morir la singularidad. Lo cual no significa que nos vayamos a relacionar con la misma intensidad y de la misma manera con todas las personas, sino que debemos buscar en todas las relaciones el mismo contenido: la verdad, esto es, el amor, la solidaridad y amistad fraternales que trascienden lo finito, esto es: las formas, los cuerpos, o personajes. Así, toda buena relación de pareja (como toda otra buena relación que se tenga) es, por encima de todo, una amistad entre dos hermanos.

Y ésta es la libertad —dice Rohmer— que el recuerdo del amor trae consigo: el recuerdo de que nadie es diferente. Para el amor, el otro no existe. Por ello, concluye el autor, el amor disuelve la brecha entre ser para sí y el ser para otros, entre dar y tomar; pues sólo la vida que se entrega es la que se recibe: es la que vive.